

La mirada interior. Los sentimientos morales

Javier Sádaba

Voy a dividir el artículo, previa breve introducción, en tres partes. En la primera, me referiré a los condicionamientos bioneurológicos de las emociones y sentimientos. En la segunda, me detendré en el valor moral de los sentimientos. Y, finalmente, trataré de sacar alguna conclusión respecto a una deseable pedagogía de los sentimientos. Paso directamente ya a la introducción en cuestión.

Que las emociones y los sentimientos son importantes pocos lo pondrían en duda. La vida afectiva es el centro de resonancia de cada uno de nosotros y nada se filtra a través de las percepciones que no esté teñido por los afectos. Tales afectos reciben distintos nombres según el momento histórico, la escuela filosófica desde la que se los estudia o su lugar en una escala que va de lo más inmediato a lo más mediado por la conciencia y la razón. Así, y por seguir a A. Kenny, el filósofo analítico por excelencia, se habla de pasiones como el amor, estados de ánimo como la depresión, actitudes como la admiración o virtudes como el coraje. Y se habla, cosa que a nosotros nos importa de manera especial, de emociones (la alegría, *v. g.*) o de sentimientos (la vergüenza, *v. g.*). Repito que la terminología varía según los autores. Lo que nos importa subrayar, en cualquier caso, es que las emociones y los sentimientos no son ni percepciones, como es el caso de los colores, ni sensaciones, como las que tenemos cuando nos quemamos. Los sentimientos, que son el estado más crecido de las emociones, son expresiones de nuestra rica vida afectiva. En dicha vida mostramos, al igual que en un cuadro, los tonos, los registros más profundos de nuestra individualidad. De ahí que tales registros, y como más adelante veremos, se extiendan desde lo más corporal a lo más espiritual, desde la pura reacción hasta la reflexión. No es extraño, por tanto, que se nos hurten con tanta facilidad a una mirada serena. Como escribía Bergamín, «lo que estoy siendo es lo que más claro veo y menos entiendo». Y es que lo que toca tantas notas al mismo tiempo se resiste a ofrecer una sinfonía armónica. Por eso se suele hablar de los sentimientos con metáforas o con ejemplos. Más que recurrir a definiciones nos apoyamos, *v. g.*, en Shakespeare o en Goethe. Y si algún filósofo analítico intenta bucear y distinguir las diferentes emociones, sentimos que se está perdiendo la esencia de lo que estudiamos. Sea como sea, las emociones y los sen-

timientos exigen una mirada atenta. No tanto una mirada al modo de un microscopio interior para cazar esta o aquella sensación¹, sino la que desea entender qué es lo que nos pasa internamente y cómo lo que nos pasa configura toda la conducta moral. Se ha dicho —es el caso del biólogo E. Wilson o del paleontólogo J. Arsuaga— que nada hemos avanzado en sentimientos desde el Neolítico por mucho que haya progresado nuestra tecnociencia. Si eso es verdad, la mirada a los sentimientos no es sólo una curiosidad intelectual. Es, más bien, un deber para modificar una conducta que, llamándose humana, genera agresión, violencia y desigualdad e impide la simetría amorosa y moral.

I

Un defecto típico de la reciente filosofía de los sentimientos ha consistido en otorgar un excesivo papel al lenguaje. Se pensaba que distinguiendo con precisión y colocando cada expresión lingüística en su apropiado contexto, sabíamos ya qué era *este* o *ese* sentimiento. Algunos filósofos del lenguaje, apoyados en el maestro Wittgenstein, nos han ofrecido, desde luego, piezas de indudable valor para no confundirnos en la selva de los sentimientos². Pero el error ha consistido en pensar que eso era todo. Y no es así. Porque para hablar con un elemental rigor de la vida afectiva necesitamos escuchar lo que, especialmente en los últimos años, nos dicen los neurobiólogos. La neurobiología está siendo tan abarcadora que incluso empiezan a desarrollarse disciplinas que reciben el nombre de neurobiología del sexo y de la fidelidad de la pareja. Los experimentos realizados con el roedor el topillo de la pradera, *v. g.*, muestran cómo la hormona oxitocina, a modo de elixir o filtro, mantiene atada a la pareja. No es ni un chiste ni una exageración. Es, más bien, el dato elemental de que nuestro gran sistema procesador de información, el cerebro³, determina, condiciona o influye toda nuestra vida. Vayamos, por lo tanto, al funcionamiento del cerebro en su relación a las emociones y sentimientos.

Las emociones se sitúan en la parte más antigua o baja del cerebro (entre todas, el cerebro reptiliano es, y como su nombre indica, la huella animal ancestral por excelencia). Pero la parte racional o alta no puede actuar sin la baja. Se da, por consiguiente, una cierta circularidad, una coordinación de las zonas límbicas (inferiores) y prefrontales (superiores) en una tarea común. En algún sentido, lo que llamamos emociones y sentimientos son como el puente que une los procesos racionales con los menos racionales. Y es que el cerebro, fruto de la evolución, no opera ordenadamente por segmentos sino que lo mezcla todo. Es lo que algunos han llamado las chapuzas del cerebro. Lo que importa señalar, sin embargo, es que si esto es así no hay modo de diferenciar tajantemente, como a veces quiere el pulcro filósofo, lo exquisitamente mental de las reacciones inmediatas que nos asemejan a los animales. La emoción y los sentimientos se extienden por nuestro cerebro como se extienden por nuestro cuerpo. Las emociones (digámoslo de paso) son sistemas de alerta respecto al premio y al castigo que el cerebro ha codificado a lo largo de la evolución. La emoción es una reacción global de nuestro cuerpo con síntomas tanto externos —motores, nerviosos...— como internos —metabolismo, sistema endocrino...—. Algunos neurólogos (Damasio, por ejemplo) distin-

guen entre emociones primarias y emociones secundarias. Estas últimas serían ya el inicio de lo que entendemos por sentimientos. En las emociones primarias somos conscientes —puramente conscientes— del objeto que nos emociona. Así, por ejemplo, si lloro de emoción ante un aria de Madame Butterfly soy *consciente* de la ópera que me causa ese estado de ánimo y su repercusión en mi cuerpo. En las emociones secundarias, sin embargo, es la corteza prefrontal la que actúa. La primera vez que mi padre me llevó a escuchar Madame Butterfly tuve una emoción primaria. Si voy ahora a gozar de dicha ópera la emoción es secundaria. ¿Por qué? Porque entran en juego las experiencias pasadas, las imágenes que asocio, las representaciones que me disponen a saborear la ópera mientras repaso otro conjunto de imágenes que he ido acumulando desde mi niñez. Lo adquirido, en suma, va desplazando a lo innato. Y, así, estamos ya a la puerta de los sentimientos. En éstos damos un paso más y que es decisivo para todo lo que digamos más adelante. Y es que en los sentimientos no sólo se dan los procesos anteriores sino que, ahora, verificamos lo que nos está sucediendo. Dicho de otra forma, pensamos lo que está afectándonos de manera que correlacionamos el estado corporal con el objeto u objetos que han dado lugar al sentimiento correspondiente. Supongamos que siento culpa ante una situación en la que una persona es humillada mientras yo me inhibo por cobardía. Cuando rememoro en soledad lo ocurrido, tengo ante mí las imágenes mentales del acto y me sonrojo. Y sé muy bien que me sonrojo *porque* me he comportado de una determinada manera. De ahí que se suela afirmar que en los sentimientos es decisivo el lenguaje. Efectivamente, la relación causal (*porque...*) es definitoria del sentimiento. Ya no se trata sólo de ser consciente de lo que ha pasado sino de *razonar* (de nuevo *porque...*) sobre los hechos que me generan culpa. Y de ahí que se diga que los sentimientos son la interiorización de las emociones. Todo ello supone, cosa que ya vio Aristóteles, que los afectos se refieren a un contenido proposicional. Como es bien sabido, una característica esencial del lenguaje humano consiste en que en su estructura elemental se afirma o niega un contenido proposicional. Añadamos, como último comentario, que ciertas pasiones o bien recorren toda la escala que va desde la emoción más elemental al sentimiento más sofisticado o que no se sabe en qué lugar de la escala colocarlas. Es el caso del amor-pasión. Tal vez el flechazo es pura emoción. Pero lo que me lleva a compartir mi vida con otra persona supone ya tal maduración de aquella primaria emoción que bien puede recibir el nombre de sentimiento.

II

Lo que en esta segunda parte voy a defender es la importancia de los sentimientos en general y muy concretamente en la vida moral. ¿Es concebible una moral sin sentimientos? ¿Hasta qué punto los sentimientos son el apoyo de toda la conducta moral? Son ésas las cuestiones a las que me gustaría dar respuesta. Pues bien, afirmo que los sentimientos morales son la base de la moral. Permítaseme que explice la afirmación. No cualquier sentimiento es, desde luego, un sentimiento moral. Los sentimientos estéticos pertenecen al mundo del gusto. A nadie se le sanciona o castiga por ser indiferente ante un cuadro de Chagall. Existen

otros sentimientos que se puede discutir si son morales o no. Es el caso de la compasión. Para algunos, la compasión es claramente moral mientras que otros tenemos muchas dudas de que así sea. Hemos conocido a no pocas personas compasivas, pero incapaces de justicia y de solidaridad. Otro tanto sucedería con el altruismo. El altruismo espontáneo, que compartimos con algunos animales, está bien alejado de la normatividad moral. Establecer una línea nítida entre sentimientos morales y no morales es hartamente difícil. Rawls, por ejemplo, escribe que un sentimiento es moral si procede de un sistema moral. Creo que se trata de una *petitio principii*, aunque tal vez no se pueda avanzar mucho más. Finalmente hay sentimientos que difícilmente podría uno negar que son morales. El de la citada culpa, por ejemplo, o el de la indignación ante la injusticia y del que puede carecer el compasivo. Se trata de la célebre tríada de Strawson: culpa o vergüenza, rencor e indignación. Cuando afirmo que tales sentimientos morales son la base de la moral quiero decir que son el basamento, el edificio sobre el que se construye una moral en la que todos aceptamos un conjunto de deberes. Los sentimientos morales funcionarían como los hilos que sustentan la moral y que si se rompen la hacen saltar. Más aún, son tales sentimientos los que motivan o fundamentan entrar en una praxis intersubjetiva y en la que nos justificamos recíprocamente (decir esto es obviamente optar por Hume en vez de por Kant). Y es que la moral está compuesta por una serie de imperativos que toman la forma de normas y que consideramos un deber cumplir. Ahora bien, si consideramos que es un deber cumplir tales normas no es en razón de una sanción externa (eso pertenecería al derecho) sino porque sentiríamos culpa o vergüenza ante el resto de la comunidad si no realizamos lo que cada uno de nosotros, recíprocamente, nos exigimos en la comunidad moral en cuestión. Supongamos que Juan tortura. La reacción de indignación y de rechazo por mi parte tiene sentido porque considero que si yo hiciera lo mismo los demás tendrían que indignarse y rechazarme. Y cuando actué correctamente con los otros me considero no sólo apreciado sino *digno* de ser apreciado. De todo lo cual se sigue que el cimiento de la comunidad moral son los sentimientos recíprocos que tenemos unos respecto a los otros. Una manera genérica de hablar de tales sentimientos morales es decir que me respeto a mí mismo y respeto al resto porque todos estamos sometidos a una Regla de Oro incuestionable: «No quieras para otro lo que no quieras para ti»⁴. Respeto, así, no es sino la consideración de los sentimientos morales en su aspecto positivo. La conclusión que quiero sacar de todo lo dicho es que una comunidad moral, en el sentido de una comunidad con deberes mutuos y el correspondiente respeto, tiene sus cimientos, por así decirlo, en los sentimientos morales. Y que son éstos los que me *motivan* a actuar. Si no quiero ser indigno, no he de hacer X o Y. Es eso lo que me mueve a no hacer X o Y. Por otro lado, los sentimientos morales configuran una comunidad moral al mismo tiempo que ésta refuerza tales sentimientos. Y, desde luego, hay gente que se negará a ser moral o que escogerá otras morales en las que los sentimientos no juegan el papel que yo les he dado (y que creo que es el que hace justicia a la palabra *moral*). Pero esto nos lleva a una segunda consideración.

Recordemos que he dicho que los sentimientos que nos motivan a actuar son la *base* de la moral. Pero *base* no quiere decir que sea la última justificación de por qué yo acepto una teoría moral en la que los sentimientos son tan decisivos⁵. Y es

que alguien me puede objetar que existe otro tipo de morales en las que lo racional es lo decisivo mientras que los sentimientos son accesorios. Más aún, es ésta la moral en curso en sociedades como las nuestras. Para los que así piensan la moral se reduce a la teoría de la decisión racional, a equilibrar nuestras acciones con las de los demás y poco más. Esta moral, que tiene su génesis en la teoría económica que implanta el capitalismo, opina que es preferible o deseable ser racionalmente moral porque en caso contrario todos saldríamos perdiendo. (Sólo un pequeño recordatorio. La lista de Premios Nobel de Economía que han aplicado sus nociones de estrategia a la conducta humana es amplia: K. Arrow, Myrdal, Von Hayek, Simon, Buchanan, Coase, Becker, Harsanyi, Nash...) Pero deja de lado nociones como las de culpa, vergüenza u otro tipo de posibles sentimientos. Repito que es ésta la moral ultrautilitarista que domina el panorama social. Ante tal dominio da cierto rubor recurrir a la necesidad de los sentimientos morales. Es como si ese recurso sonara a *light*, *demodé* o residuo de la teología. Y no es así. De ahí que sea el momento de justificar por qué es mejor una comunidad moral tal y como la he delineado al principio que reducirla a cálculo prudencial en el que todos nos atamos al mismo carro porque en caso contrario acabaríamos en puro caos; de justificar en sentido fuerte (o último nivel de justificación) por qué entrar en una praxis en la que el otro no es alguien con el que simplemente no tengo que luchar sino con el que puedo y debo intercambiar-me.

Hemos visto que si uno se decide a ser moral y acepta que los derechos se reparten por igual entre todos los miembros de la comunidad que de esta manera se respetan mutuamente, el motivo que le impulsa a no cometer la acción X o la acción Y es que se siente herido ante sí mismo y sancionado o despreciado por los demás. Y hemos visto que los sentimientos morales son los que forman la sustancia de la vida moral, motivando a no realizar las acciones X o Y. Pero queda pendiente una justificación o fundamentación ulterior y que, ya lo indicamos, se formula así: ¿Por qué aceptar esa moral y no otra u otras que no dan una importancia tan radical a los sentimientos? ¿Por qué no aceptar una moral estrictamente autodefensiva y racional que, además, es la que parece tener más vigencia en nuestros días? Piénsese en la inmensa relevancia del Dilema del Prisionero en cuanto núcleo de la moral. Autores como Rawls, Harsanyi o Gauthier, y a pesar de sus diferencias, intentarán de este modo, reducir la moralidad a racionalidad. Una respuesta detallada requeriría todo un tratado de moral y no es ésta mi intención. Voy a limitarme a describir tres aspectos que, sin embargo, me parecen esenciales. Son las razones últimas que me llevan a afirmar que una moral basada (en el sentido expuesto) en los sentimientos es la más adecuada al ser humano de hoy.

En primer lugar, la moral expuesta no sólo está de acuerdo con condiciones naturales que nos son propias sino que desarrolla aquellas condiciones que *deberían* ser desarrolladas. Expliquemos brevemente el asunto. Por nuestra evolución y el acerbo cultural que nos acompaña poseemos la capacidad de empatía, de conexión con los otros miembros de la humanidad. Es lo que vieron bien, a un nivel intuitivo, filósofos como Hume o revolucionarios anarquistas como Kropotkin. La saga podría ampliarse e incluir en ella a Godwin, Rousseau y, en nuestros días, a P. Singer. Es ése un dato natural incuestionable. Dato que a veces se interpreta mal. Por ejemplo, cuando se afirma (cosa que sucede en libros de profesionales de la ética

un tanto atrevidos) que ser moral es simplemente obrar de acuerdo con tales supuestos. Y eso es una media verdad. Como no se cansa de advertir entre nosotros F. Ayala, una cosa es que estemos determinados a ser genéricamente morales (por lo anteriormente dicho, más la capacidad de tomar decisiones previa deliberación) y otra muy distinta que tengamos que ser de *esta* o de *esa* manera morales. Sería como confundir la capacidad para hablar con hablar chino o euskera. En cualquier caso, está en nuestras manos desarrollar esa capacidad. Por naturaleza somos, desde luego, tan agresivos como empáticos. Y de la misma manera que podemos convertir la agresividad en violencia (que es lo que ha sucedido y sucede a lo largo y ancho del planeta) podríamos convertir la empatía en solidaridad y ayuda mutua. Pero, ¿por qué *deberíamos* usar lo que aparece como positivo y no lo que aparece como negativo? ¿Por qué, en suma, el amor y no el odio? O, de modo más neutral, ¿por qué los sentimientos de *humanidad* (virtud, por cierto, que trató de teorizar Filón de Alejandria en sintonía con el judaísmo y que judíos posteriores han continuado teorizando; Hume, por su parte, hablará de «sentido de humanidad»). Y el olvidado Humpshire sintetiza la moral en «crecer en humanidad») y no los estrictamente racionales que ven al resto de los congéneres como objetos y no como sujetos? No creo que sea posible ofrecer una razón definitiva. De cualquier forma sí es posible afirmar lo siguiente. Una vez que los humanos nos hemos constituido como grupo en alianza mutua, parece seguirse que reforzar tales lazos comunes y mutuos es lo que nos hace crecer en humanidad plasmando, creativamente, una posibilidad natural. Y eso sólo se consigue si nos apoyamos en los sentimientos.

En segundo lugar y pasando de lo natural a lo cultural, también en este campo la moral defendida es preferible. Al revés que los genes, los memes (por utilizar la terminología puesta en circulación por Dawkins) son unidades de información que dependen de nosotros. Los memes o conjuntos de fragmentos culturales, que transmitimos socialmente, son los que dan lugar a la religión, a la ciencia, a la política y, desde luego, a la moral. Pues bien, parece que los memes o cultura nos invitan, una vez que somos humanos, a construirnos *todos totalmente*. Quiere esto decir que la consecución de una armonía entre todos los humanos se logra no sólo intelectualmente sino con los ingredientes de la vida afectiva. La moral no es propia de autómatas. La moral es propia de seres autónomos. En la moral no sólo es central, por poner un ejemplo provocativo, la justicia sino también, *v. g.*, el perdón. Más aún, en muchos casos, la conjunción de justicia y perdón rompe los esquemas estrictamente racionales. La misma idea de *prima facie*, indispensable hoy en el pensamiento ético, nos indica que sólo concretamos bien una norma si ésta está acompañada de los sentimientos.

Finalmente y en tercer lugar, y aunque pudiera sonar pedante, con la moral defendida se es más feliz. Una moral de sentimientos recíprocos es *mejor* que otras para vivir en este mundo. ¿Por qué? La razón estriba en que desarrollamos más capacidades, obtenemos un gozo especial y nos dispensamos una serie de atenciones que dan a nuestra vida una calidad añadida. Se trata, desde luego, de una actitud egoísta. Pero es que la ética es, en un sentido muy preciso, egoísta. Todos queremos la felicidad adecuada a nuestras posibilidades. Todos queremos vivir mejor. Dicho egoísmo no entra en contradicción con el altruismo moral⁶. Y no entra en

contradicción porque de lo que se trata no es de vivir mejor a cualquier precio, sino de vivir mejor de la manera más humana. Y eso, al final, otorga más felicidad.

Dos observaciones más antes de acabar este apartado. La primera tiene que ver con la génesis de los sentimientos morales. La segunda, con el papel de la razón. Cuando hablo de la génesis de los sentimientos morales no me refiero a cómo van evolucionando desde la infancia hasta la edad adulta. Es obvio que no se puede tener la misma moralidad con diez años que con veinte. La psicología evolutiva nos ha mostrado las etapas por las que necesariamente pasamos a lo largo de nuestro proceso vital. Me refiero, más bien, a cómo vamos construyendo, ya adultos, los sentimientos morales. Habría que recordar en este punto lo que señaló Aristóteles y luego tematizaron los escolásticos. Uno y otros insistieron en que los hábitos los conseguimos a través de la repetición de actos. Volviendo a los sentimientos. Si carezco de sentimientos morales está en mi mano ir modificando mi actitud. De ahí que en la escala que lleva desde las emociones hasta los sentimientos morales en cuanto tales se intercalen otros sentimientos que tienen el poder de ir aproximándonos a la auténtica moralidad. En este punto me gustaría señalar la importancia que tienen en la infancia los sentimientos de amor y de aprecio. Son la mejor introducción a la moral autónoma y basada en la confianza mutua. En la tercera parte me detendré en ello. En lo que respecta a los que sostienen una moral exclusiva o fundamentalmente racional, lo anteriormente expuesto podría inducir a pensar que carecen, como si de robots se tratara, de sentimientos. Conviene matizar este punto. Que tienen sentimientos de frustración racional es indiscutible. Quien falla ante un teorema matemático, y es un ejemplo, puede caer en una profunda depresión. En este sentido, los sentimientos están presentes en una ética de base racional. Pero este tipo de sentimientos no debe parecerles suficiente ni siquiera a ellos. La prueba es que, de rondón, introducen en su sistema un *sentido moral* que no se sabe de dónde sale⁷. Y si nos volvemos a la Filosofía Política podríamos decir que los esfuerzos de comunitaristas y republicanos por meter en el núcleo liberal determinados sentimientos de cohesión social no son sino la manifestación de que, previamente, se ha construido una moral raquítica en sentimientos.

III

Es hora de pasar a la tercera parte. Y aquí nos interesa sacar alguna conclusión o aplicación de lo que hemos expuesto hasta el momento. Recordemos que los sentimientos pueden modificarse. Recordemos que el poder de la libertad posee un radio de acción que alcanza a los sentimientos dentro de los cuales nos movemos. Y recordemos finalmente que no hemos reducido toda la moral a sentimientos⁸, sino que éstos son la base mientras que se necesita, además, la justificación argumentada de la moral defendida. Una vez hecha esta observación, no estará de más volverse, siquiera brevemente, a problemas sugeridos en la primera parte y que están en relación con las teorías evolutivas. Es bien sabido que algunos sociobiólogos han afirmado que la moral es un *medio* para la evolución con su mecanismo de selección natural. La afirmación se convierte en falsa si tenemos

en cuenta que hemos entrado en un mundo cultural en el que podemos decidir *qué* moral deseamos poner en práctica. Ahora bien, la pregunta podría transformarse en esta otra: ¿es más ventajosa para la supervivencia de la humanidad la moral que proponemos o, por el contrario, lo sería otra con mayor competitividad y agresividad racional? O, dicho en términos más duros: ¿una moral de los sentimientos no es inferior a otras a la hora de pasar a las generaciones posteriores un conjunto de genes? La respuesta requiere alguna distinción. No hay por qué excluir que una moral aparentemente menos dura en competitividad dé como resultado una supervivencia superior a cualquier otra moral. A veces lo más elástico es lo más eficaz. Pero, cosa más importante, una vez que estamos en el reino de lo cultural la idea de supervivencia pierde su sentido original. Y es que podríamos desear un mundo mucho más rico en calidad humana aunque descendiera en cantidad. Podríamos desear vivir más felices aunque eso supusiera un parón en la marcha de una enloquecida evolución cultural.

Y esto nos lleva directamente a encarar la situación política actual. Los programas políticos de nuestros días se mueven en un vacío que lo llena la economía y los desarrollos neotecnológicos. De ahí que dichos programas políticos, procedan de la derecha o de la izquierda clásicas, sean prácticamente iguales. Individualizar las causas de tal situación requeriría un análisis pormenorizado que pertenece a la historia política. Ahora bien, creo que es un hecho —un desgraciado hecho— que la gestión política es universalmente conservadora mientras que la vida cotidiana se llena de sentimentalismo. El sensacionalismo, la prensa llamada rosa, la invitación a vender y comprar intimidades (muy propio, por cierto, de una economía de mercado), la obstinación por rehuir todo debate ideológico, la obscenidad creciente del poder⁹ y la veneración por la emoción inmediata atraviesan la vida social. Al agotamiento de la modernidad, ha seguido un posmodernismo de sujetos débiles, de voluntades acomodaticias, de intelectualidad acobardada. Y en ese contexto es muy difícil que nazcan y prosperen sentimientos morales como los que anteriormente he descrito. Sentimientos morales que no son un adorno ni se reducen a su mera enunciación, sino que exigen realizarse en los muy concretos individuos. ¿Cómo lograrlo? A responder a esta pregunta voy a dedicar las últimas palabras de mi charla.

Pienso que necesitamos una pedagogía de los sentimientos (R. S. Peters, en su libro *Desarrollo moral y educación moral*, insiste en ello). Una pedagogía que, al mismo tiempo, no minimice el valor de la razón. Encontrar esa armonía es la tarea de una filosofía moral a la altura de los tiempos (por usar la manida frase de Ortega). No se piense que estoy proponiendo un regreso nostálgico al romanticismo¹⁰. Independientemente de los vicios y virtudes de tal romanticismo, de lo que se trata es de encontrar una moral equilibrada que nos sirva para cambiar el mundo y vivir mejor. Una moral que supere la situación antes descrita y según la cual nuestros sentimientos siguen siendo infantiles mientras avanzamos velozmente en el carro de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas. La desproporción es de escalofrío. Un solo ejemplo entre mil: Actualmente poseemos medios para dar de comer a 14.000 millones de personas y, sin embargo, más de mil millones sobreviven, cuando sobreviven, en la indigencia. Es obvio que la única causa no es la falta de sentimientos. Pero es obvio igualmente que unos sentimientos morales adecua-

dos harían intolerable una tal pobreza.

Los sentimientos morales, por otro lado y tal y como vimos, no aparecen de repente. Necesitan ser cultivados. En este sentido, existe una serie de actitudes que funcionan como propedéutica o preparación que conduce a los sentimientos morales en cuanto tales. Antes me referí al amor, podría ahora referirme a la amistad. No se trata, como a veces se insinúa, de erotizar la existencia o convertirnos en esa especie de chimpancés recientemente descubierta (en los años veinte) y que son los bonobos. Pero sí se trata de maximizar actos y ejemplos de amor. Y no sólo de maximizar individualmente y sin restricción utilidades. ¿Qué es lo que quiero decir exactamente con esas palabras? Por un lado, que es necesario resocializarse, conocer lo que sucede al resto de los congéneres y salir del aislamiento tecnológico propio de nuestros días. No llegaría a afirmar lo que en un reciente libro escribe Z. Bauman («La ética (...) se hace a imagen y semejanza del amor»); pero sí creo que se puede afirmar que sin el ejercicio cotidiano de los sentimientos no es posible alcanzar una sana dimensión moral. Por otro lado, la eficacia en la conducta ética se logra no sólo razonando sino mostrando prácticamente cómo es la moral. O, lo que es lo mismo, los modelos ejemplares son decisivos para invitar a los demás a avivar sus sentimientos. No tiene sentido alguno, *v. g.*, defender a los okupas y luego ser un terrateniente. Finalmente, no habría que olvidar, en teoría y en la praxis, que la ética aspira, antes que a otra cosa, a la felicidad. Y la felicidad no es un estado que, como indican las religiones, se obtiene en el futuro sino que hay que saborearlo cuanto antes; es decir, los sentimientos se autorreproducen precisamente cuando empiezan a tener el gusto real que debe caracterizarlos (los teólogos llamaban a esto el *pignus*). Y cada uno sabrá, en fin, cómo arreglárselas para que este mundo no sea tan frío que acabe helándonos o que la moral se convierta, como decía Peguy, en unas manos tan limpias que al final no son manos.

No quisiera acabar sin hacer referencia a las instituciones en general. A pesar de mi escepticismo respecto a la política establecida (en contraste con mi mayor confianza en los Nuevos Movimientos Sociales), es su obligación no desatender lo que podríamos llamar una pedagogía de los sentimientos. El estado no tiene, desde luego, por qué dictar una moral determinada. Pero es su deber, si representa a los ciudadanos, promover una educación que posibilite el crecimiento de la vida afectiva. Son muchos los campos en los que la responsabilidad del poder político es evidente (piénsese en las políticas de juventud). Acabo ya. Como en todo, tomemos con sumo cuidado lo que es el centro de nuestra vida. Por eso y aunque sea un tanto arriesgado, permitidme finalizar con esta frase del poeta: «El sentimiento es una flor delicada; manosearla es marchitarla».

NOTAS

¹ Esta actitud fue refutada, creo que definitivamente, por la crítica de Wittgenstein al lenguaje privado, aunque convendría ser prudente ante lo que pueda depararnos un conocimiento más exhaustivo del cerebro.

² En los *Últimos escritos sobre Filosofía de la Psicología* estudia Wittgenstein con detalle, *v. g.*, el sentimiento de miedo, temor o pánico. Este sentimiento ha debido de ser esencial en el paso de los homínidos al *Homo Sapiens*. En un momento respecto al cual sólo podemos especular, los homínidos debieron de emitir ruidos como los animales. Todos se atacarían entre ellos. De ahí que el horror se grabara a fuego en nuestro psiquismo. Y de ahí que los animales, tan parecidos, tan peligrosos, tan anhelados como comida y, por otro lado, tan inexpresivos, fueran los primeros númenes o dioses; númenes o dioses amenazantes.

³ El otro y más básico es el genoma. Recordemos, en cualquier caso, que el genoma de un chimpancé es muy parecido al nuestro, mientras que lo que realmente nos distingue es el cerebro.

⁴ Es cierto que podría darse el caso de personas que carecieran de todo tipo de afecto moral. Yo creo que si no son unos psicópatas es un concepto límite que no se materializa en la realidad. Lo que sí puede suceder es que haya personas que no desean *en modo alguno* participar en ninguna comunidad moral. Son los *free-riders*, los *outsiders* o los parásitos. Podemos intentar convencerles, pero si se resisten con tenacidad no tenemos más remedio que reconocer que no se puede contar con ellos.

⁵ La distinción, como tantas cosas más, la tomo de E. Tugendhat. Pero me diferencio de él en lo siguiente. Creo que ha puesto un énfasis encomiable en intentar justificar una moral de respeto universal frente a utilitaristas y contractualistas. Sin embargo, a la hora de la última justificación, de por qué hemos de elegir una determinada moral casi se encoge de hombros.

⁶ Tema por sí mismo y que está dando lugar a una abundantísima literatura entre sociobiólogos de la primera y segunda generación y sus críticos.

⁷ Es el caso de Rawls y de tantos utilitaristas más. Ver, al respecto, el interesante artículo de E. L. Castellón, «Racionalidad y sentimiento de culpa», en *Revista de Filosofía*, Madrid, julio-diciembre de 1980.

⁸ En ningún momento hemos sostenido que existe algo así como un órgano sentimental; ni hemos recurrido a ningún tipo de *emotivismo*, puesto que el emotivismo comete, al menos, dos errores: se queda en las emociones sin llegar a los sentimientos y carece de una última justificación que demuestre, argumentativamente, que su moral es mejor que las otras morales existentes. Respecto al *moral sense* fue tal vez Darwin el primero que lo interpretó en sentido empírico y como diferencia sustancial entre los hombres y los animales. Actualmente se otorga a algunos primates un mínimo sentido moral.

⁹ Bush puede tranquilamente recluir en Guantánamo a unos prisioneros a los que decide no tratar como presos políticos y Sharon hacer público que se arrepiente de no haber matado antes a Arafat. Si dando la vuelta al mundo volvemos a nuestro país, las cosas no mejoran mucho.

¹⁰ Que es probablemente lo que sucede en alguna de las reivindicaciones actuales de los sentimientos y que tanta acogida popular tienen.